

LA ~  
NINIA  
SANTA



DANIEL BLANCO PARRA

LA ~  
NINIA  
SANTA

algaida



Diseño de cubierta: agustinescudero.com

Primera edición: 2022

© Daniel Blanco Parra, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-737-8

Depósito legal: SE. 537-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

PRÓLOGO . . . . .	11
PARTE PRIMERA. SU INFANCIA. . . . .	15
PARTE SEGUNDA. SU JUVENTUD . . . . .	195
PARTE TERCERA. SU VEJEZ . . . . .	345
EPÍLOGO. . . . .	467



*A mi abuela, que siempre será la niña santa*





## PRÓLOGO

*¡Será un día de ira, aquel día  
en que el mundo se reduzca a cenizas!*

1938. JUSTO DESPUÉS DE LA BOMBA, CAE SOBRE ELLOS UN SILENCIO perfecto y desconocido, tan puro que parece una sordera. Es este, sin duda, el sonido de la muerte: un ahora —¿qué día es hoy?— que se ha quedado mudo de manera fulminante. Madre, sin entretenerse ni siquiera en parpadear, intenta entender qué acaba de pasar, a qué se debe todo este sinsentido. Está absorta ante el horror. Ojalá pudiera gritar hasta desgañitarse y llamar a voces a sus hijos, pero sigue quieta, como una estatua de sal, y solo tiene fuerzas para mantener a la niña en su regazo. Por su boca abierta le entra un vendaval de tierra. Madre, y por eso voltea la cabeza a un lado y a otro, espera pacientemente que en cualquier momento resuenen las trompetas del juicio final y le confirmen así que esto es el reino de los muertos y que Dios se le aparecerá pronto por alguna parte. Alabado sea.

Consuelito, con los ojos aún cerrados, también calla, como si no quisiera ser la responsable de destrozar esta *paz* súbita. «Mi niña, mi niña», cree oír el lejano arrullo de su madre que, con la mano derecha, le aprieta su cabecita contra el hombro. La niña separa poco a poco las pestañas y solo ve el aire vestido de polvo, la nada a dos palmos de distancia. Un abismo rodeándola. Solo existen ella y el cobijo de su madre, y eso, en estas circunstancias, le

parece suficiente. Se vacía en un suspiro y siente de inmediato una certeza, la de notarse dentro del pecho y para siempre un susto, algo parecido a un encogimiento del alma o a un destempe en las entrañas. Desde este mismo instante, el miedo formará parte de su vida y de su identidad, como quien tiene una leve cojera, el labio leporino o una bizquera incorregible. Consuelito llora en silencio porque presente, y no se equivoca, que todo está a punto de descubrirse con una nueva apariencia, sórdida y confusa. Nada es admirable ahora: realidad amorfa que solo provoca arcadas.

Madre se estira para atrás, devora a su niña con la mirada y, en una de esas preocupaciones suyas tan ridículas, dedica unos segundos a adecentarla. Le sacude el pelo, los hombros y también el vestidito, antes rosa, ahora marrón, y la mete en una nube de polvo aún más espesa. Le retira después las lágrimas, ya de barro, y le tantea el cuello con los dedos hasta que encuentra la fina cadena con la medalla de la Milagrosa, regalo de la abuela Alegría el día de su sagrado bautismo. Se la acerca a la boca y le deja un beso lento: labios calientes sobre oro también caliente. El sol alumbra este aire revuelto, encendiendo unas motas de polvo que parecen puntos minúsculos de fuego. Para Consuelito es como estar bajo el agua estancada un día de verano. Para Madre es la señal inequívoca de que todo arde en el reino de los muertos. El silencio sigue amordazando la escena; no hay nada ni nadie en la tierra o en los cielos capaz de hacer un solo ruido, por pequeño que sea, después de *esto*, hasta que Madre grita:

—¡Virgen santísima, Madre del Amor Hermoso! —Se agacha a tocar a sus hijos varones. Manosea un montículo incomprendible de cabezas, manos y piernas. Las pellizca, las zarandea, las palpa con insistencia mientras hace equilibrista con Consuelito en brazos—. ¿Estáis bien? Por el amor de Dios, ¿estáis bien? —repite en su desesperación—. Decidme algo.

Y sí, alguno dice algo, una queja, un murmullo gutural e incomprendible. Madre incluso los empuja levemente con el pie, pero no consigue sacarlos del letargo. Ahí están los tres hermanos, sucios y mudos, con las caras hacia abajo y respirando al unísono,

como si un mismo corazón les diera de vivir; sin querer —o sin poder— separarse, con las manos como garras, aferrado cada uno a la piel y a la tela de los otros dos, a salvo solo en esa trinidad.

Madre reacciona: deja a Consuelito en el suelo y se santigua. Una señal de la cruz clara y grande que le une en cinco movimientos la frente, el estómago, los dos hombros —primero el izquierdo, luego, el derecho— y, por último, la boca. Toma de la mano a la niña —no quiere hacer nada sola— y se va abriendo paso entre ese telón de polvo. Lleva un brazo extendido, como una ciega. Se acerca un poco a la casa, ¡su casa!, derruida, con el tejado abierto y el cielo a la vista. La fachada, alta, de dos pisos, recién encalada, esconde a duras penas un espanto que Madre ya imagina: su único mundo reducido a escombros. «Ah», se le escapa. Ahora no hay camas ni sillas ni mesas ¡ni tampoco paredes! Todo convertido en nada. Pero ¿dónde está su nido? ¿Y su tranquilidad? ¿Y su cama para echarse una siesta?

Madre avanza, quiere ver el desastre de cerca, conocerlo al milímetro, guardar con ella hasta su muerte la imagen de la desgracia. Está casi ausente, desnortada. Le han cambiado el escenario de su vida y no se ubica. Necesita cerrar los ojos, perderse en otra realidad. La calle Ancha, la que lleva a la plaza de la iglesia y donde ha vivido siempre su familia, parece de repente abandonada y exhibe en un solo instante la destrucción acumulada de mil años. Las casas hanean y sobre las aceras, como rocas de carne y hueso, sus vecinos se enroscan en posición fetal. Son madres, abuelas y niños, todavía temblorosos; los hombres siguen en el campo de batalla, escondidos en la montaña y en las trincheras, con las manos ocupadas en los fusiles, jugando a la guerra. Los bultos-personas empiezan a desperezarse. Están por todas partes. Madre busca con la mirada, pero no identifica a sus amigas, compañeras de misa y de rosario, que decidieron unirse todas en una casa, bajo el manto de la oración y bajo un techo que está ahora desplomado. La desgracia llena el paisaje, lo hace todo (y a ella misma) insignificante. Quiere seguir regodeándose en el espanto, pero la detiene un pensamiento, una iluminación que le llega de lo alto, y entonces, aprieta con fuerza la

mano de Consuelito. Mira a su hija, el asombro se le escapa por los labios entreabiertos:

—Nos has salvado la vida.

A la niña se le desata el llanto.

—Nos has salvado la vida. Dios te ha elegido, pequeña mía. Dios te ha elegido a ti para hacer un milagro. —Se lleva las dos manos a la boca y nota el sabor áspero del polvo—. Has sido tú, mi niña. Tú. —Se arrodilla ante ella y le sonríe, debatiéndose entre la incredulidad y el estupor, a punto de chillar de pura alegría. Mira al cielo. Dios se le ha aparecido delante de sus narices. ¡Bendito sea una y mil veces! Madre termina soltando una carcajada, una inoportuna detonación de júbilo.

PARTE PRIMERA  
SU INFANCIA

*Se abrirá el libro escrito  
que todo lo contiene.*



1940. MADRE SALTA DE SU CAMA GRANDE EN MITAD DE LA MADRUGADA, empujada por una pesadilla, siempre la misma: un techo que la sepulta, una llamada de auxilio que nadie escucha —porque no llega a salirle de la garganta— y un último hilillo de vida para ser consciente de que está muriendo. Termina de despertarse de pie en medio de su habitación, sudada y sudando, con los pies encogidos y sin ninguna gana de volver a acostarse. No se le va el temblor y por eso se agarra a su propio camisón, a la altura del pecho. Quizás así se calme. En el fondo de ese sueño terrible están los ecos de la guerra, el pavor a que algo caiga desde lo alto y la mate. Ya ni siquiera puede dormir tranquila. ¿Y cuál es su reacción? Huir, buscar amparo en otro sitio. Repite una noche más el ritual de calzarse sus babuchas, mojarse las muñecas y la nuca con colonia y refugiarse en el cuarto de Consuelito. Allí está a salvo. No hace nada, solo se queda de pie y contempla a su pequeña. Como una feligresa ante el sagrario. No tarda en arrodillarse junto a la cama de su propia hija, sin saber si reza por ella o le está rezando *a ella*: la artífice de su salvación, el angelito de la guarda de toda la familia.

Madre deja caer la cabeza en el colchón y se permite cerrar los ojos solo unos momentos. Descansa al fin, aunque siente en la sangre, palpitándole desde el corazón a la cabeza, la grandeza de

la misión que le ha sido encomendada: criar a esta niña celestial. Sí, debe ser merecedora de este encargo divino. Nada debe fallar. Ser madre y guía de una elegida. Ella es la causa de que siga viva, de que ningún techo la haya todavía sepultado. Y Madre jura por lo más sagrado que lo hará bien, que llevará a su hija por la senda marcada. Ya lo está haciendo, lo hace a diario. La ayuda a rezar todas las noches, le habla de la Virgen más que de su padre muerto y le recuerda —muchas veces sin venir a cuento— que es especial, que hizo un milagro, que se espera de ella algo grande. Y para garantizar la pureza de su alma, la de la niña, claro, se guarda algún as en la manga y, como ahora mismo, se levanta, se acerca a la cómoda y busca el frasco con agua bendita y exorcizada que el párroco, don Manuel, le regala a cambio de algún donativo generoso. Se empapa bien las manos y le hace una cruz en la frente a su Consuelito. Después le moja los bracitos, las sábanas, la almohada y termina humedeciendo las paredes. Y no sabe por qué no se le ha ocurrido antes: también podría echarle unas gotas en el vaso de leche calentito que se toma en el desayuno. Cualquier cosa para consagrarla a su misión.

Lo hará bien. Lo promete.



1941. AGUSTINA SACA LA PUNTA DE LA LENGUA COMO SI FUERA A probar algo; después, se ensaliva el dedo índice y lo posa un segundo sobre la base de la plancha, ya caliente. El contacto piel-metal se salda con un chisporroteo nervioso, casi inaudible, y un humillo rápido que se evapora frente a la cara de la criada. La luz llega blanca y poderosa, tamizada por los visillos, hasta el cuartillo del fondo, el que está al lado del patio y donde lo mismo se cose un botón que se hace ganchillo o se descabeza una siesta. Una mosca revolotea a ras del techo, un gorrión se posa en el alféizar y se muda al limonero poco después. Es una de esas pausadas tardes de verano que parecen interminables.

—¿No te quemas? —pregunta Consuelito desde una silla de enea, balanceando sus piernas delgadas y con los brazos cruzados al pecho. Desde siempre y por alguna extraña razón, la niña se queda prendada con las tareas de Agustina. La observa en silencio, sin perderse detalle, hipnotizada por la trabajada perfección de sus movimientos. Aprovecha que Madre sale con frecuencia a rezar a la iglesia, a visitar al señor cura o a reunirse con las amigas para recorrer la casa buscando a la criada —«Agustina, ¿dónde estás?»— y al final termina sentada a su lado con el único propósito de verla cocinar, zurcir calcetines, barrer el suelo o darle de comer a los

conejos. «Ea, ya tengo público», y la niña ríe por lo bajini. Consuelito la mira y la admira: Agustina lo ejecuta todo con tanta seguridad que parece que está a todas horas en el lugar correcto y que hace lo mejor (o lo único) que sabe hacer. A veces se queja, solo por divertirse, por imitar a algunas de esas actrices que hablan y lloran por la radio: «Esto es un no parar. En esta casa, por más que haga, siempre quedan cosas por hacer. Ay, si yo fuera mocita, me buscaría un alcalde o, mejor, un juez que me quitara de esto, que no te quiero ni contar el dolor de riñones que tengo. Qué cruz, Dios mío, qué cruz».

La niña Consuelo se recoloca en la silla —la espalda recta, las rodillas juntas— y se prepara para extasiarse ante el narcótico espectáculo de Agustina que, con su mano gorda, desliza ese trozo de metal sobre la ropa y la deja lisa.

—¿No te quemas? —insiste ella a la vez que se mira las manos y piensa en la resistencia de su piel blanquecina.

—Ay, hija, claro que no. —Risotada de Agustina, que le enseña su dedo índice, levantándolo hacia el techo—. Yo ya tengo la piel de cuero. ¿Sabes cuántos años llevo trabajando? ¡Mil! ¿Y sabes cuántas veces he hecho esto? ¡Un millón! —Consuelito sonrío ante sus exageraciones y enseguida se tapa la boca con las dos manos—. No, no me quemó. ¿Cómo me voy a quemar? Además, es un movimiento rápido, rapidísimo. Un solo segundo, ¿ves? —Y lo repite, orgullosa de su pericia: lengua que se aparece entre los labios, dedo húmedo, plancha caliente, chisporroteo y humo.

—¿Y para qué lo haces?

—Para comprobar que la plancha está caliente. Estos son los truquillos de las criadas buenas, de las mejores. —Le guiña un ojo—. Para ser una sirvienta y llevar una casa como esta, que no veas tú el trabajo que me dais, hay que hacer virguerías, ¿o qué te crees tú? Yo no he estudiado, no, pero aquí querría yo ver a muchas señoritas de las que saben sumar y restar, a ver cómo se las apañan. Ya te digo yo que no aguantaban ni una semana, qué digo una semana: ¡ni un día! —habla y mira de forma intermitente a la niña. Se para y sube la voz—. ¡Ah! Y escúchame bien: esto no va-

yas a hacerlo tú, ¿eh?, que te conozco. Tú, a la plancha, ni te acerques.

—No.

—Pero *no* de verdad, ¿eh? —continúa. Suelta la plancha y se pone la mano sobre la cintura—. Que después tu madre me riñe a mí y tú ya sabes que lo tuyo es rezar, la iglesia y esos bordados tan bonitos que haces. ¿Hoy no ensayas con la flauta?

—No —contesta con desgana, casi ausente. Se queda pensativa, como en un paréntesis—. Agustina... —la llama dejando caer la última a.

—¿Qué?

—¿No te cansas de planchar?

—Ay, qué cosas dices. Pero vamos a ver, ¿te cansas tú de rezar?

—Bueno... a veces.

Agustina saca una carcajada, oronda como ella.

—Hija, yo no puedo cansarme. Y si me cansara, dime tú, ¿qué cenarías hoy o quién te plancharía estas túnicas tan bonitas? ¿Quién? Pues nadie. —Mira el reloj que cuelga junto a la ventana y que anuncia con campanitas dulces las horas y las medias. La mosca da vueltas sobre la conversación, se posa en el brazo de la criada—. ¡Santo Dios, casi las ocho!

Deja la plancha a toda prisa y se vuelve a encender la radio. Le sube el volumen —se está quedando sorda— y una voz metálica de hombre habla sobre una traición. Una mujer le responde con llantos: «Perdóname». Agustina arruga el ceño y menea la cabeza. Le interesa lo que pasa dentro de ese cacharro. «¡Faltaría más, si es mi único entretenimiento! Ni un vicio ni una mala palabra, nada, no como esas criadas perezosas que esperan a que se vaya la señora para echarse en la cama. Yo trabajo como la que más, pero eso sí, mi radio que no me la quiten». Después de quedarse en Babia unos segundos, retoma su tarea.

—Agustina —insiste la niña con pereza.

—Dime, preciosa.

—No quiero ponerme más esa túnica.

—Pero ¿cómo que no? Mira cómo te la estoy dejando. —Coloca la plancha sobre la mesa y coge el vestido por los hombros, con cuidado, como si pudiera quebrarse, y se lo enseña a la niña. Lo alza y su cara desaparece detrás de esa tela blanca, de raso, casi brillante—. Vamos, es digno de una princesa, no me digas que no.

—Pero no quiero ponérmelo más.

—Huy, ¿y qué te ha dado a ti ahora con esa cantinela? —Deja la túnica sobre la mesa, agarra la plancha por su mango de madera y pierde los ojos en el raso blanco. Niega con la cabeza, como contestándose a ella misma—. Consuelito, eso tendrá que decidirlo tu madre y, por lo que yo sé, no tiene pensado cambiarte el uniforme. Vaya la que me está dando la mosca. Me cago en...

—Es que ya no me gusta. No quiero más esa túnica blanca. Ni esa ni ninguna. No quiero ponerme más túnicas blancas —habla despacito, con el tono apocado, consciente de lo delicado de su protesta.

—No digas tonterías y, anda, vete a tocar la flauta o a hacer algo, que no estás diciendo más que tonterías. ¡Lo que tengo que escuchar! Y este lazo celeste, ¿no es bonito?

—Sí, como la Inmaculada Concepción —replica con la voz extraña.

—Consuelito, siéntate bien y ponte recta, que no es propio de una señorita dejarse caer así en una silla. ¡Como te vea tu madre la hemos liado! —Tiene los ojos ahora en la niña, ahora en la plancha—. Mira, ojalá hubiera tenido yo en mis tiempos un vestido tan bonito como este. ¡Ojalá! ¿Sabes?

La otra niega con la cabeza.

—Cuando yo era pequeña, incluso más pequeña que tú, llevaba una falda con mil remiendos y no te exagero. Éramos más pobres que las ratas, pero mi madre cosía de maravilla y, como no tenía dinero para comprarme un traje nuevo, me lo remendaba una y otra vez con cualquier trapo que se encontraba. Solo tuve un vestido, ¡solo uno! Así que no protestes, que tienes un armario lleno.

—Pero los míos parecen siempre el mismo, Agustina. Todos son blancos con el lazo celeste —refunfuña como si fuera un bebé.

—Consuelito, Consuelito —le advierte con la voz musicada.

—Ya tengo siete años.

—Ay, ¿sabes cuántos tengo yo?

—¡Agustina! —se queja la niña arrastrando las sílabas.

—Niña, ¿¡qué quieres!?

—Que no quiero ponerme más ese traje.

—¡Y dale! Que ya te he dicho que no soy nadie para decidir eso. ¿Tú no me escuchas, verdad, Consuelito?

—Es que no me gusta.

—¿Y qué quieres que yo le haga? Eso háblalo con tu madre. Ella ha decidido que vistas así porque así debe vestir una niña santa.

Consuelito arruga la cara sin disimulo. Los ojos se le ensombrecen. Contrariada, suelta un suspiro que parece de adulto. Se recuesta sobre el respaldo de la silla de enea y se queda mirando al techo. Sigue ahora con los ojos el vuelo de la mosca. La niña santa. Otra vez esas palabras. Tres.

La niña santa.

Ese es el sobrenombre que lleva hinchándose en las bocas de sus vecinos desde hace tres años. *Consuelito, la niña santa*. De nuevo, ese título —como quien es duque, marqués o señor juez— con el que todos la nombran y que les sirve de pretexto para tocarla, aunque sea solo el pelo negro o las mejillas pálidas, para sonreírle cuando se la cruzan por la calle, o para hacerla el centro de las atenciones en este pueblo y en los de alrededor como si todos, y en especial el cura, esperaran otro milagro, una nueva prueba de su santidad.

Consuelito toma aire y cambia el color de su queja:

—No me digas santa, Agustina.

—Pues entonces, milagrosa.

—Que no, tampoco.

—Pero es que lo eres. ¿Cómo quieres que te diga, entonces?

—Consuelito, solo Consuelito. —Se encoge de hombros.

La criada deja la plancha hirviendo sobre la mesa y se acerca a la niña, que aguanta su mohín de enfado en la cara. Le coge las manos:

—Hija, yo a ti te llamo como tú quieras, pero tú hiciste un milagro.

—Que no. —Se obceca.

—¿Cómo que no? Tú le salvaste la vida a tu familia, ¡tú y solo tú! Si no llega a ser por ti... a ver dónde estaríais ahora.

—Pero ¿por qué?

—Consuelito, pero si te lo han contado mil veces... Si en esta casa parece que no se habla de otra cosa.

—Cuéntamelo otra vez.

—¿Otra vez? Ay, Dios mío, pero si te lo sabes ya de memoria.

—Cuéntamelo tú —le suplica.

—Pero con una condición, que me dejes trabajar, ¿eh? Que mira las horas que son y se me echa el tiempo encima. ¿Tú no ves lo que me queda por planchar? Y todavía tengo que coser unas medias y... Y, además, que yo no sé por qué quieres que te cuente yo la historia si tu madre la cuenta la mar de bien.

—Por favor, Agustina.

—Pero lo hago solo para que me dejes tranquila. Y después, te vas a bordar o a tocar la flauta. ¿Sí? —Toma aire, cierra los ojos como para imaginárselo—. *Aquel día* —dice poniendo énfasis en esas dos palabras—, no tendrías tú más de cuatro años, la guerra llegó a este pueblo con la furia de un león. Lo dejó todo destrozado, en ruinas; vamos, una desgracia, Consuelito. Tu madre, ya viuda y más sola que la una, no sabía qué hacer con sus cuatro hijos pequeños, que erais tú y tus hermanos. Yo, en ese tiempo, vivía con mi Juan en otra casa, al lado del campo, no como ahora, que vivo aquí con vosotros. Pues a lo que iba, que a tu madre no se le ocurrió otra cosa que esconderse con vosotros debajo de su cama mientras del cielo caían bombas, pero bombas de las gordas. Creía ella que ese era el lugar más seguro... ¡Ay, la pobre qué equivocada estaba!

Agustina se santigua.

Consuelito escucha en silencio, sin perderse palabra alguna, igual que un perro con las orejas tiesas. Va construyendo su pasado con el relato asombrado de los otros, con sus exageraciones y sus

delirios, y empieza a verse a sí misma desde la admiración ajena. Se enfrenta siempre a este capítulo de su vida con el corazón palpitándole en la garganta, como si fuera inédito y pudiera cambiar de final en cualquier momento. Consuelito no se acuerda de la escena —ni de las bombas ni de los llantos ni de la sangre vertida por las calles—, solo le queda un sentimiento vago, un escalofrío que le resiste en alguna parte de la memoria. Ella ha escuchado la historia en todas sus versiones. Sus vecinos se congratulan con grandes aspavientos de tener en el pueblo a la niña milagrosa y cada uno le va añadiendo detalles o modificando datos a su antojo, con tal de subrayar el impacto de «tal hazaña bendecida por Dios», como repite el cura en sus sermones de domingo. Pero Agustina aborda la historia desde el cariño, ¡cómo si no!, desde su entrega absoluta a esa casa y a esa niña, que son como tuyas, las dos. Consuelito asiente, casi de forma automática.

—¿Y qué más?

Agustina carraspea, arruga la cara, porque ya no puede con las rodillas. Se apoya en la mesa de planchar con las dos manos, descansando también de su propio peso. Le echa un vistazo a la mosca, ahora quieta en la ventana:

—Allí estabais tus hermanos, tu madre y tú, debajo la cama, esperando que pasaran las bombas y rezando sin parar para salir con vida de aquella matanza, eso lo dice tu madre, que estabais rezándole a la Virgen. Cariño, mira, se me ponen los pelos de punta. —Y se arremanga la camisa—. Tú empezaste a llorar, a berrear como un cochino que llevan al matadero. Llorabas y llorabas para irte a la calle. Tu madre salió de debajo de la cama y te cogió en brazos, pero no conseguía tranquilizarte. Tú estabas como poseída, dabas patadas y parecía que te habías vuelto loca. Gritabas para que te sacara de aquel cuarto. Sin saber cómo, te zafaste de los brazos de tu madre y te fuiste a la calle corriendo, figúrate una niña tan chica; y, claro, ella fue corriendo detrás de ti, para cogerte. Tus hermanos, como polluelos, salieron también porque no querían quedarse solos debajo de la cama. Estarían muertos de miedo, criaturitas. —Traga saliva, lo necesita—. Pues justo en ese momento, mi niña, y que me parta un rayo

si miento, justo cuando estabais todos en el umbral, ya fuera, una bomba cayó sobre la casa, ¡una bomba!, y destrozó la habitación en la que habíais estado escondidos. Os librateis por los pelos y porque la Virgen quiso...

Y ahora, la parte final, la más emocionante, en la que todos lloran, incluso Agustina. A la criada se le quiebra la voz, tiene que toser para continuar:

—Una parte de la casa quedó en ruinas, pero vosotros os salvasteis. Gracias a ti, Consuelito. Tu madre, tú y tus hermanos salisteis con vida porque tú los avisaste. Porque si no hubieras llorado, otro gallo cantaría... —Se santigua de nuevo y se recoge las lágrimas con los bajos del delantal. Qué sofocón, que solo con recordarlo se pone mala—. Y cuánto se lo agradezco al de arriba, que ahora vivo con vosotros. Imagínate si no... ¡No quiero ni pensarlo!

—No me acuerdo de eso.

—Porque eras muy pequeña, pero salvaste a tu familia y eso es la puritita verdad.

—¿Por eso soy santa?

La criada abre los brazos:

—¿Te parece poco, chiquilla? A ver cuánta gente conoces tú que haya hecho eso. ¡Nadie!

La niña vuelve a subir los hombros.

—Sí, claro, eres santa porque salvaste a tu familia, porque la Virgen te avisó para que te fueras a la calle. Mira tus hermanos y tu madre. Ellos están vivos gracias a ti. ¡Los salvaste tú! Y tu madre, desde aquel día, decidió agradecerle a la Virgen que te avisara visitándote con el hábito de la Inmaculada Concepción: túnica blanca y lazo celeste —saca su voz melosa y habla como si contara un cuento—. La túnica blanca más bonita que he visto en mi vida.

—Pero ¿hasta cuándo tendré que llevarla?

—Hija, eso no lo sé. —Vuelve de repente a la plancha, con prisas, como si aquel descanso pudiera ser castigado—. Hasta que tu madre lo decida.

—Ya.

—Pero es una túnica preciosa... ¡De categoría!



—¿Y puedes decirle a Madre que no quiero llevarla más?

—Consuelito, ¡no! Ay, qué cosas dices. ¡No lo voy a hacer! Dios me libre de meterme en esos berenjenales, que bastante me vigila ya tu madre como para que encima se crea que te meto ideas absurdas en la cabeza. ¡No, no y no! Yo no le voy a decir nada, ¿eh? Y déjame seguir planchando, que se me va a coger la noche aquí.

—Agustina, por favor...

—Shhh, ¿qué te he dicho? ¡No quiero oír ni una mosca! —le riñe cruzándose los labios cerrados con el dedo índice y levantando mucho las cejas—. Si quieres estar aquí, calladita, que no me estás dejando escuchar la radio ni planchar ni ná de ná. ¿No tienes que bordar? ¿No tienes que hacer algo, Consuelito, por el amor de Dios?

—¿Qué significa santa?

—Y tú sigue... Significa que eres muy buena y que eres, yo qué sé, que eres muy buena y punto, pero eso se lo deberías preguntar a tu madre. Hija mía, ya sabes que yo, de iglesia, poquito. Si voy a misa es algún día de Semana Santa o para algún entierro, que aquí en el pueblo nos conocemos todos y me da cosa no ir. También te lo digo, que a veces, cuando voy, me aburro como una ostra. Ese don Manuel siempre dice lo mismo, que si el fuego del infierno, que si el pecado, que si los sacrificios... No sale de ahí el pobre hombre. Mira, rezar sí me gusta, pero es que el trabajo en esta casa me tiene todo el día liada. Cuando no es regar las plantas es hacer la comida o cambiar las sábanas y, por las noches, cuando me tumbo en la cama, me quedo frita enseguida. Ya ves, reventaíta que estoy. Si es que los pobres no tenemos tiempo ni para rezar...

—Madre dice que hay que rezar todos los días.

—Ya, pero para rezar hay que tener tiempo. ¿Y tú me ves parada? ¿A que no? Si lo que yo necesito es un día de treinta horas.

—Asiente como dándose la razón. Deja la plancha a un lado y se da la vuelta. Se queda mirando su radio—. Consuelito, tú hoy te has propuesto no dejarme escuchar la radionovela, ¿verdad?

La niña se aguanta la risa, como si hiciera una travesura, y justo después, se cierra los labios con una cremallera imaginaria.

—Mira cómo ha quedado tu túnica. Impoluta. Como la de la Virgen. —Agustina asiente felicitándose por su trabajo—. Y no me digas que no te gusta.

Consuelito levanta a la vez los hombros y las cejas, mientras mantiene sus labios juntos, aprisionados entre los dientes.

—Ah, que no vas a hablar. Conque esas tenemos, ¿no? Pues mejor. —Con una enorme sonrisa, coloca el trajecito blanco (hábito immaculado) en una percha, se vuelve y sube aún más el volumen de la radio. La voz de un hombre falsamente compungido declama: «¿Cómo pudiste hacerme eso?». Agustina menea la cabeza y, antes de retomar la plancha, mata la mosca con un trapo: un golpe certero que deja un lunar de sangre en la pared.

1942. LA VIRGEN DE FÁTIMA SE LES APARECIÓ POR PRIMERA VEZ A los tres pastorcitos el 13 de mayo de 1917, hace hoy justo veinticinco años. Se encarnó en una luz blanca —cegadora y quieta— sobre una encina de la que, solo un año después, no quedaría ni rastro por culpa de la devoción de los cristianos, que fueron arrancando astillas, ramas y corteza para meter en sus casas un trozo de tan divina madera. Los niños Lucía, Jacinta y Francisco no supieron qué hacer aquella mañana de primavera ante tan brillante aparición y se hincaron de rodillas en la hierba. Unieron las manos a la altura del pecho, agacharon las cabezas y se limitaron a escuchar a la Virgen, que dejó a la humanidad un recado y tres secretos. Nuestra Señora de Fátima siguió tomando cuerpo sobre la encina sagrada durante seis meses —siempre los días 13— para repetir un mismo mensaje: la necesidad de rezar el rosario por la conversión del mundo entero y por la reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María. Madre se había quedado con esta consigna y la obedecía a rajatabla. En su casa, el día se cerraba con el rezo del rosario. Se hacía justo después de la cena, en familia —menos Agustina, que siempre se las ingeniaba para atender algo *más urgente*— y con la niña Consuelito guiando los misterios: «Por la señal de la santa cruz...». Las cinco bocas se movían al unísono, casi sin terminar de nombrar los

padrenuestros y las avemarías que iban hilvanándose en una letanía recitada de memoria, con los ojos cerrados.

El cura, durante su homilía de hoy, también había recordado que los pastorcitos fueron encarcelados y quizás torturados por negarse a revelar los secretos de la Virgen —ninguno abrió la boca—, «¡benditos niños, ya casi mártires!». También contaba que Francisco y Jacinta murieron poco después de las apariciones —uno en 1919; la otra, en 1920— y que, como amoroso recordatorio de la corporeidad de la Madre de Dios, quedaba una capilla, solemne y milagrosa, donde cada año iban miles de peregrinos, unos a darle las gracias por las plegarias atendidas y otros, muchos, a suplicar su intercesión para vencer problemas, enfermedades y disgustos. Madre incluso conocía a una persona, una prima lejana suya de Badajoz para ser más exactos, que había viajado hasta ese rinconcito luso para conocer de cerca a la Virgen de Fátima. «Yo la he visto, yo la he visto», le escribió con la letra temblorosa en una carta en la que poco más decía: «Yo la he visto, yo la he visto. Y vi también el sol, que bailaba en el cielo, como si se hubiera vuelto loco. Y te juro que mis ojos no me engañaron porque la Virgen se apareció ante miles de personas y muchos no eran ni siquiera cristianos. Aquello estaba lleno de gente que iba con la innoble intención de reírse y que terminaron llorando al sentir la compasión infinita de Nuestra Señora de Fátima. Es un milagro, prima. Un milagro».

—¿Por qué murieron tan pronto los pastorcitos? —pregunta Consuelito de vuelta a casa y cogida de la mano recia de su madre. La noche se va deshaciendo por las calles, metiéndolo todo en una negrura azulona.

—Dos, Francisco y Jacinta, que eran hermanos. Lucía está viva y ella todavía guarda un secreto, el tercero —sus palabras se superponen al redoble de tacones que van dejando sus prisas. En su moño trae aún enredado el olor a incienso.

—¿Y por qué murieron Francisco y Jacinta?

—Consuelito, eso no lo sé, pero sí sabemos que Dios hace siempre lo correcto. Él nunca se equivoca. Se los llevó al cielo porque quería tenerlos cerquita, porque eran niños santos y porque amaban tanto a la Virgen que...

—¿Y yo me voy a morir también? —lo pregunta con tanta inocencia que Madre se gira a mirarla.

—¿Por qué te vas a morir? Eres una niña sana y fuerte y... Consuelito, no pienses en esas cosas. ¡No vas a morirte! Y camina más deprisa, que empieza a caer el relente y no quiero que te resfríes.

—¿Y por qué la Virgen no quiere que sepamos el tercer secreto?

—Pues estará esperando el mejor momento, cuando el mundo esté preparado para escucharlo. Tenemos que tener paciencia —resuella.

—Madre...

—Dime.

—¿Por qué ha dicho el cura que el Señor se fija en los niños puros como los pastorcitos o como yo? —pregunta Consuelito acelerando el paso para ponerse a la altura de Madre, para no perderse su respuesta. La túnica blanca se le lía a la cría entre las piernas.

—Porque don Manuel piensa, y también lo pienso yo, que el Señor a veces se manifiesta y hace cosas extraordinarias para decirle al mundo que está vivo y que nos ama. Son los milagros. Nadie sabe cómo ocurren porque no tienen explicación humana, pero ocurren. Es lo que pasó contigo, que la Virgen te eligió para decirte que teníamos que salir del dormitorio enseguida.

—¿Y me va a hablar otra vez?

—¿La Virgen? Ojalá, niña, pero nunca se sabe. Debemos estar eternamente agradecidas porque nos salvó la vida. Gracias a Ella, estamos juntos tus hermanos y nosotras. Por eso, nuestra familia debe rezar y hacerse digna del amor de la Virgen, y darle las gracias todos y cada uno de los días. Y tú, más, porque fuiste la elegida, ¿verdad que sí?

—Sí.

—Recuerda, además, las cosas tan bonitas que ha dicho don Manuel de los pastorcitos. ¿Recuerdas lo que ha dicho?

Consuelito asiente, exagerando su movimiento de cuello, como una alumna que se sabe la pregunta de la maestra:

—Que rezaban mucho, que eran muy obedientes y que solo deseaban hacer lo que agradara a Dios.

—¡Como tú, mi santita!

La santita sonrío, orgullosa.

—Madre, ¿qué hay de cena?

—Un huevo pasado por agua. Eso es lo que me ha dicho Agustina antes de salir.

—¡Bien! Qué rico —dice ente dientes.

Consuelito va casi al trote, salivando ya, pero Madre se para en seco y la obliga a ella también a pararse. Están a no más de diez metros de casa. La niña le tira del brazo para que siga andando:

—Tú —empieza a hablar Madre, se agacha incluso un poco sobre ella—..., ¿recuerdas algo? De ese día, ¿recuerdas algo? ¿Viste una luz o...?

—No sé —parece que pide disculpas. No deja de mirar hacia la puerta.

—No pasa nada. —Le sonrío para decirle que está en son de paz, que esta podría ser una conversación banal—. A veces la Virgen no se aparece, quiero decir que no podemos verla como nos vemos tú y yo, pero nos habla al corazón —susurra ahora—. Es como una vocecita que nos dice lo que tenemos que hacer, como si nos contara un secreto al oído. ¿Tú la escuchas algunas veces?

—No sé... —No se está quieta—. Tengo hambre.

—Sí, ahora cenamos, Consuelito, un segundo, por favor, que quiero que hablemos tú y yo. Escúchame bien —mira al cielo para ver cómo lo pregunta—: por ejemplo, cuando rezas, ¿la Virgen te habla?

—Creo que sí.

—¿Sí? ¿Ves? A la Virgen le gusta hablar contigo. ¿Y qué te dice?

—¿Y a mis hermanos?

—¿Qué?

—Que sí a ellos también les habla.

—No, solo a ti. ¿Y sabes por qué? Porque eres especial, porque Dios te ha elegido entre todas las niñas del mundo y porque estoy segura de que quiere hacer grandes cosas contigo.

—¿Qué cosas?

—Eso ya lo iremos averiguando. Ahora solo tenemos que hacer que la Virgen esté muy orgullosa de ti, ¿verdad que sí? Pero cuéntame, ¿qué te dice la Virgen?

Se lo tiene que pensar:

—Que sea buena.

—¡Pero si ya lo eres! ¡Una niña buena, la más buena de todas! ¿Y qué más?

—No sé.

—Consuelito, venga, que yo también tengo hambre. —Pierde la paciencia—. Hasta que no me contestes, no entramos en casa. Cuéntamelo, que no se lo digo a nadie.

—Que soy la niña santa.

—¡Lo sabía, lo sabía! —Madre no es de abrazar y por eso se lleva las manos a la boca. No puede digerir la emoción, se le ha quitado de pronto el apetito. Lleva la mirada hacia su casa y se la imagina como un templo en construcción, como el refugio secreto de la Virgen, como un lugar sagrado adonde llegarán, Dios sabe cuándo, miles de peregrinos. Y se santigua de puro agradecimiento. Consuelito la imita, aunque no sabe por qué.